

La Ménsula

Recurrir al pasado con la mirada en el futuro

La historia de un presidente del centro de estudiantes

Por Carlos Borches (*)

Cinco fueron los argentinos que recibieron el Premio Nobel, tres de ellos en el campo de la ciencia. Pero sólo uno de este selecto grupo desarrolló buena parte de su carrera en el exterior. Nos referimos a Cesar Milstein, graduado en la FCEyN-UBA. Después de doctorarse en Química, Milstein inició su carrera de investigador en el Instituto Malbrán, pero los avatares de la política lo dejaron sin laboratorio ni deseos de continuar su trabajo en estas tierras. A 25 años de la entrega del Premio Nobel por sus revolucionarios trabajos en anticuerpos monoclonales, La Ménsula dedica este número a recorrer la etapa argentina de César Milstein



César Milstein cuando cursaba en la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. El último premio Nobel argentino se radicó en Gran Bretaña en 1963 donde vivió hasta su fallecimiento, en el 2002.

Durante la década de 1920, la ciudad de Bahía Blanca conservaba el impulso transmitido por la llegada del ferrocarril. Las óptimas condiciones de su puerto de aguas profundas se vieron potenciadas con la construcción del Mercado de Concentración de Lanas, Frutos y Cueros y por la red de líneas ferroviarias que conectaban a Bahía Blanca con los principales centros de producción agropecuaria bonaerense.

Funcional al modelo agroexportador, Bahía Blanca se volvió atractiva para miles de inmigrantes que llegaban en busca de trabajo. Crecían las

exportaciones, el empleo, y también los reclamos sindicales que ya habían conocido a la represión como respuesta.¹ Fue en aquella ciudad y en aquellos tiempos donde Lázaro Milstein y Máxima Vapñarsky se conocieron, se casaron y criaron a sus tres hijos: Oscar, César y Ernesto.

Máxima formó parte de la primera generación de inmigrantes judíos nacidos en una de las tantas colonias de Entre Ríos². Creció bajo el clima de integración reflejado en la obra de Alberto Gerchunoff, estudió en la orgullosa Escuela Normal, y con su título de maestra bajo el brazo,

encontró una escuela en Bahía Blanca donde desarrollar su carrera docente.

Lázaro había llegado al país desde Ucrania en 1912, cuando sólo contaba con quince años. Luego de vagar por las colonias judías y mudar por mil oficios pudo establecerse como comerciante en Bahía Blanca. La educación formal le fue esquiva, pero no así los libros, en especial la literatura anarquista.

Los años en Bahía Blanca

Cuando César nació, el 8 de octubre de 1927, los Milstein ya llevaban cuatro años de casados, participaban en varias organizaciones comunitarias y se estabilizaban económicamente.

Bahía Blanca contaba en 1880 con dos escuelas: la Nro. 1, sólo para varones y la Nro. 2 exclusivamente destinada a las mujeres. En 1883 se crea la primera escuela mixta, la Nro 3, y toda la población escolar bahiense sumaba 278 alumnos.

Como signo evidente del crecimiento demográfico de la ciudad bonaerense, en 1928, al cumplir Bahía Blanca su primer centenario, la población escolar había trepado a 9096 alumnos y como parte de los festejos del centenario, la escuela Nro 3 inauguraba su nuevo edificio que contaba, entre otras cosas, con una casa para su directora que no era otra que Máxima Vapñarsky.



Celia Prilentevsky y César Milstein en sus primeros años de matrimonio.

Los primeros años en la vida de César Milstein transcurrieron en aquella escuela enclavada en una ciudad polifónica donde idiomas de todas las latitudes resonaban buscando armonizar en una nueva identidad nacional. En el ámbito familiar, los Milstein acostumbraban a hablar en idish e intentaron, sin éxito, que sus hijos aprendieran el idioma de la diáspora.

Pero a los hijos de la familia Milstein les tiraba más el lunfardo que el idish, aunque el fracasado intento con la transmisión de ciertas tradiciones fue ampliamente compensado.

Atenta a las inquietudes intelectuales de sus hijos, Máxima percibió el interés de César por la ciencia y lo impulsó con el regalo de un adecuado libro.

Como el propio Milstein lo recordara, la visita de una prima que estudiaba bioquímica y trabajaba preparando sueros antiofídicos en el Instituto Malbrán significó para el futuro premio Nobel una fascinante novedad³, y sin haber superado el primer impacto recibió de regalo un best seller de la divulgación científica de su tiempo, "Los cazadores de microbios", escrito por Paul De Kruif.⁴

"Con mucho cuidado, Koch empapó una astillita en la gota pletórica de microbios de la octava generación y después, teniendo al lado a ese ángel guardián invisible que protege a los que exploran la Naturaleza imprudentemente, introdujo con gran destreza la astillita bajo la piel de un ratón sano", contaba De Kruif en las versiones heroicas de las vidas de grandes bacteriólogos sellando la vocación de Cesar Milstein, que mientras cursaba el secundario en Bahía Blanca empezaba a soñar con la Universidad.

Pero si la influencia de Máxima fue decisiva en el destino académico de su hijo, la impronta de Lázaro se hizo sentir en la dimensión política.

Lazaro Milstein fue un anarquista enrolado en la Liga de Educación Racionalista Argentina, una corriente ácrata utópica, distante del anar-

quismo expropiador, más ligado a la acción directa.

La Liga impulsaba la creación de escuelas populares alejadas de la Iglesia y del Estado y tenía numerosos centros donde sus miembros estudiaban ciencias, arte y el pensamiento de Kropotkin y Ferrer y Gaitan.⁵

La niñez de César Milstein transcurrió teniendo como telón de fondo los duros años de la "década infame" y los análisis anarquistas de su padre. La hecatombe internacional que desató la crisis bursátil de 1929 puso en evidencia la debilidad del modelo agroexportador y tuvo un fuerte impacto en Bahía Blanca, donde los ganaderos llegaron a proponer la creación de campos de concentración para los "vagos y haraganes"⁶

Con esos antecedentes, no asombra la temprana incorporación de César y su hermano mayor Oscar a las "Juventudes Libertarias", compromiso que tomaron mientras estudiaban en Bahía Blanca y continuaron en la Universidad de Buenos Aires.

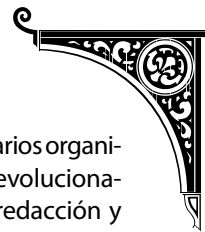
Rumbo a Buenos Aires

A fines de 1943, Oscar Milstein estudiaba ingeniería en la Universidad de Buenos Aires mientras César terminaba de cursar el 4to. año en Bahía Blanca, Pero sería el último año en la ciudad austral.

En 1944 se muda junto a su hermano mayor para cursar quinto año en Buenos Aires y simultáneamente hacer el ingreso a la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales (FCEFN), por cuyas aulas pasaban los estudiantes de las carreras de ingeniería, arquitectura, química, ciencias naturales (con orientación biología o geología) y ciencias fisicomatemáticas.

La Facultad estaba ubicada en la llamada Manzana de las Luces⁷ y muy cerca de allí, en la pensión estudiantil *Lola* de Av. de Mayo 962, vivían Oscar y César, quien pronto sería conocido como "el pulpito". (ver recuadro)

En la Universidad se acentuaron los rasgos que habían asomado en Bahía



Blanca, César eligió inscribirse en Química y rápidamente se integró a su Centro de estudiantes.⁸

La elección por la carrera química fue tomando forma en un curso de química en Bahía Blanca, “recuerdo el día que el profesor dio la clase sobre valencias enseñándonos cómo se escribían las fórmulas químicas. Para mí fue una revelación de la belleza de la química y de la manera en que esas fórmulas podían expresar su estructura. El profesor había llenado el pizarrón de fórmulas y yo estaba como nadando en aguas tranquilas”, rememoraba Milstein.

Pero el entusiasmo por la química competía con la política. En la autobiografía que figura en el sitio de los Premios Nobel, Milstein recuerda no haber sido “un estudiante brillante” pero rescata la “intensa actividad en el centro de estu-

diantes” donde creó una cooperativa para la edición de apuntes, organizó los campamentos estudiantiles en Bariloche y llegó a presidir el organismo gremial de los estudiantes de química.

Eran tiempos de gran agitación social, el imprevisto surgimiento del peronismo ya comenzaba a desatar amores y odios y el joven estudiante de química no iba a estar ausente. “Estaba impactado por todo lo que fuera social, supongo que el ascenso de la clase obrera que se vivía en aquella época lo impresionó”, relataba Oscar Milstein⁹ recordando que su hermano menor se empleó por un corto tiempo en el puerto de Buenos Aires para “tratar de comprender la situación de la clase obrera”.

La realidad política y social lo atrapaba. Su anarquismo se radicalizaba al tiempo que polemizaba con el marxismo. Junto

a otros estudiantes universitarios organizan el Grupo Anarquista Revolucionario (GAR) y participa de la redacción y circulación de La Protesta, el tradicional periódico anarquista.

Pero entre tanto despliegue de energías, el Pulpo Milstein conoció a Celia Prilentsky, compañera de estudios, luego militante estudiantil y, algunos años después, su esposa.

Sin embargo no todo iba viento en popa. En 1951, sus padres se radicaron definitivamente en Buenos Aires dispuestos a poner un poco de orden en la caótica vida de su hijo, pero la situación explotó y el joven Milstein decidió dejar la carrera, buscarse un trabajo de obrero e independizarse.

En las charlas con su padre, César cuanta su plan para embarcarse como mariner

La verdadera historia de dónde, cuándo y por qué fue César Milstein apodado “el Pulpito”

Por Jorge Giambiagi

Ingresé a la Facultad de Ciencias Exactas en 1945, junto con César Milstein, del que fui compañero y amigo durante toda la carrera de química.

Desde un principio, en aquel año con un clima tan especial marcado por la derrota de los países del eje, entramos de lleno en la política universitaria, colaborando con gran entusiasmo en la creación de un movimiento reformista con el nombre de UREQ (Unión Reformista de la Escuela de Química), que ganó las elecciones del Centro de Estudiantes de Química (el CEDQ) y lo dirigió durante toda nuestra permanencia en la Facultad.

Nuestra participación activa en UREQ y en el Centro de Estudiantes durante todos aquellos años con huelgas, intervenciones y persecuciones fueron dejando, como siempre ocurre, un sinnúmero de anécdotas jugosas, parte de la sal de la vida como se dice, que con el correr de los años se fueron desfigurando o simplemente olvidando. Conservo claras, eso creo, algunas de ellas. Entre ellas está la historia de su apodo de “el Pulpo”, tan presente hoy, porque se le pegó de por vida. Y él lo aceptó desde un comienzo.

La historia transcurre en el año 1947, siendo yo tesorero del CEDQ. Es básico tener presente un escenario de época: El Centro de Estudiantes de Ingeniería, el C.E.I., operaba una librería para la venta de los materiales diversos utilizados en la carrera. Los clientes eran desde ya los alumnos de ingeniería que constituían el 90% de la población de la Facultad. El resto, los de química, física, geología y ciencias naturales, terminábamos comprando en ese boliche, única boca de venta en Perú 222, con competidores alejados y menos especializados. Tenía este negocio un activo administrador que, sacando provecho de su monopolio, se decía, cargaba con generosidad los precios. No recuerdo su verdadero nombre, pero todo el mundo lo conocía como “el Pulpo”, por su capacidad

para acaparar negocios y sacarles el jugo a los estudiantes. Parte de los beneficios eran para el C.E.I. y los de ingeniería, de alguna manera, posiblemente, recuperaban parte del sobreprecio. Pero los no ingenieros pagábamos más sin recompensa alguna y nos quejábamos.

César, con su historial de anarco, era un ferviente defensor del cooperativismo. Transformó la queja en una reivindicación y propuso la formación de una cooperativa de provisión de insumos para los estudiantes de química. Tratamos la idea en la Comisión Directiva del CEDQ, la aprobamos y lo nombramos presidente del nuevo emprendimiento.

Teníamos que armar una cooperativa de ventas partiendo de casi cero. Las cuotas de los socios del CEDQ alcanzaban apenas para pagar a su administrador y la compra de algunos libros para su biblioteca. Pero César tenía la idea fija de la cooperativa y era testarudo. Logré por algunos contactos familiares ubicar a algunos mayoristas dispuestos a satisfacer nuestra pretensión de buenos precios y largos plazos de pago. Así, salimos César y yo de compras, acumulando un buen stock de artículos de librería, entre los que se destacaban reglas de cálculo a un precio más que bueno. La idea se transformó en una realidad.

Nuestra Cooperativa era minúscula comparada con la librería del C.E.I., pero de hecho fue su competidora. Allá estaba “el Pulpo” con el gran negocio y aquí los de química desafiándolo. No nos puede extrañar entonces que la inventiva estudiantil, guardando las distancias, le haya colgado el apodo de “el Pulpito” a su creador y director. La misma inventiva, en este caso de algunos amigos, introdujo, tal vez en algún campamento, la variante de “Pulpejo” para él y de “Pulpeja” para Celia, su novia en ese entonces y luego su esposa. Con el paso del tiempo, ya más grande y sin la odiosa competencia, fue bautizado como “el Pulpo”.

en algún barco y conocer otras tierras. “Terminá los estudios y yo te pago el viaje” fue la respuesta de Lázaro logrando que todo volviera a encauzarse. En última instancia, anarquista o no, don Lázaro Milstein también peleaba por coronar una vida de trabajo con el título universitario de sus hijos..

En 1952, mientras termina la licenciatura, el futuro premio Nobel tiene una nueva crisis “no sabía si quería ser un militante obrero, si quería ser científico o, como me sugería mi padre, ponerme un laboratorio y hacer dinero”.

Decide por comenzar el doctorado y un compañero del GAR que había trabajado con Bernardo Houssay le sugiere visitar a Luis Federico Leloir, con quién tendría garantizado un grupo de investigación serio y prestigioso en áreas de investigación que cruzaban la química con la medicina.

“Leloir vivía en el laboratorio de la calle Costa Rica, un sucucho. Entro en la casa, que tenía un zaguán, y veo un tipo con guardapolvo gris, flaco,

típico gallego. Este es el gallego del Instituto, pensé y le digo: ‘Che, ¿dónde está Leloir?’ Me mira y dice: ‘Soy yo’. Se me cayeron los pantalones. Le expliqué que era un estudiante de química que quería hacer una tesis a cargo de él. Me respondió que era imposible porque no tenía espacio, y me mandó a ver a Stoppani”, rememoraba Milstein.

Andrés Stoppani, un médico que había obtenido un doctorado en Química en la FCEyN, era uno de los pocos full-time de la UBA y tenía su laboratorio en la Facultad de Ciencias Médicas (luego Facultad de Medicina).

Stoppani recibió a Milstein con una recomendación de Leloir, pero los comienzos no fueron fáciles: “Empecé a trabajar y no salía nada, no iba para adelante ni para atrás. Al cabo de un año, le dije a Stoppani que me iba a ir a Europa. Yo sabía lo que quería hacer, pero sentía que estaba perdiendo el tiempo, y que lo mejor era ir a pasear a Europa para limpiarme un poco la cabeza. De paso me casé ...nos fuimos en el 53...”, recordaba Milstein.

En su Autobiografía Milstein le dedica unas líneas a ese año sabático. Nos casamos y nos tomamos un año completamente libre en la más inusual y romántica luna de miel. Visita varios países europeos, queda cautivado por Grecia y desilusionado con Israel.¹⁰

Milstein el científico

Hasta la obtención de su licenciatura, como el propio Milstein afirma, su prioridad no había sido la ciencia. Pero después de su singular luna de miel, “el pulpo” volvió al laboratorio de Stoppani y las cosas comenzaron a salir.

“Exactas”, que desde 1952 ya era la FCEyN, había aprobado que el doctorado en química tuviese un director en Medicina, además el laboratorio de Stoppani se había reequipado mientras Milstein viajaba y por si esto fuera poco, “el pulpo” contaba ahora con una beca para realizar su doctorado, de modo que todo cerraba para iniciar una nueva etapa. “Desarrollé un

método de preparación de polvos secos de levadura para hacer extracciones de enzimas, que luego usaron otros en el laboratorio. Fue un buen trabajo, una cosa linda por ser un primer trabajo metodológico en el que habíamos utilizado el material primitivo que teníamos a mano”, describe Milstein.

“El papel de los tioles en la oxidación enzimática del acetaldehído. Estudios de inhibición y cinética” fue el título de la tesis presentada en la FCEyN en 1957 que mereció la calificación de sobresaliente y el premio a la mejor tesis otorgado por la Asociación Química Argentina. En su introducción, el autor agradece entre otros a la “Sra. M. V. de Milstein y Lic. Celia P. de Milstein, por la inapreciable ayuda prestada en la preparación de los originales”.

De esta manera, el flamante Dr. Milstein se presentó ese mismo año a un concurso para un cargo en el Instituto Malbrán y para una beca del British Council. Obtuvo ambas plazas. En el Malbrán le otorgaron inmediatamente licencia y desde 1958 y hasta 1961 trabajó bajo la dirección Malcolm Dixon en el departamento de Bioquímica de la Universidad de Cambridge.

Aquel viaje cambiaría el destino científico de Milstein. Aconsejado por el premio Nobel Frederick Sanger, su interés fue mudando de la enzimología a la incipiente inmunología. Estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado. En una pequeña superficie del planeta estaban naciendo las ideas revolucionarias que protagonizaron la segunda parte del siglo XX y se proyectan sobre nuestro siglo. Allí, Watson y Crick describieron la estructura del ADN; Max Perutz y John Kendrew resolvieron la estructura de proteínas como la hemoglobina. Pero en 1961 los Milstein regresaron al país. Regresaron y se volvieron a ir.

La experiencia del Malbrán

En 1961, Milstein se incorpora al Instituto Nacional de Microbiología Carlos Malbrán para hacerse cargo de una novedosa División de Biología Molecular.



Frente del Medical Research Council en Cambridge, donde Milstein trabajó desde la década de 1960.

Dirigido por Ignacio Pirovsky, el Malbrán había reunido a un notable grupo de jóvenes investigadores que desplegaban un trabajo formidable, hasta que todo se derrumbó.

La gestión modernizadora de Pirovsky, había desplazado a grupos más tradicionales que no tardaron en cobrarse revancha.

En 1962, el Ministro de Salud, Tiburcio Padilla, intervino al Instituto y generó una catarata de despidos y renunciaciones. (Ver pág. 8)

Todo volvía al punto de partida. Milstein armó las valijas y marchó nuevamente a Cambridge para trabajar junto a Sanger en el Medical Research Council donde desarrolló el resto de su carrera científica.

Si bien año tras año volvía al país para visitar parientes y amigos, su vinculación con el ámbito académico local fue débil. Salvo con el Centro de Estudiantes.

Durante la década de 1980, los sucesivos viajes de Milstein a la Argentina siempre tuvieron un espacio en su apretada agenda para reunirse con miembros del Centro de Estudiantes de Ciencias Exactas y Naturales (CECEN) a quienes donó colecciones de revistas que fueron el núcleo de la Biblioteca del CECEN Ricardo Noriega. ☺

Referencias

1- El 23 de julio de 1907 un destacamento fusiló sin previo aviso a los trabajadores de la construcción reunidos en asamblea, y días después volvió a disparar sobre el cortejo fúnebre que marchaba al cementerio local. Ver Federico Randazzo, *Las grietas del relato histórico. Apuntes sobre los orígenes del anarquismo en Bahía Blanca y la matanza de obreros en Ingeniero White en 1907*. Ediciones CCC, 2007.

2- Colonia Clara, en Villauay

3- "Surgió de una manera muy extraña, lo recuerdo perfectamente. Mi madre tenía muchas hermanas y una de las mayores tenía dos hijas que me llevaban más de 10 años. Estas primas habían estudiado bioquímica y una trabajó en el Instituto Malbrán. Recuerdo que yo tenía 11 ó 12 años y mamá le preguntó a la mayor qué hacía. Y mi prima le contó que estaban produciendo vacunas, y describió cómo sacaban veneno a las serpientes para hacer

suero antiofídico. Yo la escuché fascinado", recuerdo de Milstein en Ana Barón, Albino Gómez, Por qué se fueron, Emecé, 1995.

4- El bacteriólogo Paul De Kruif (1890-1971) fue autor de varios best sellers de divulgación científica donde puso en juego no sólo su trayectoria académica sino también su participación en las fuerzas armadas norteamericanas y su vocación literaria. El premio Nobel de Literatura Sinclair Lewis fue su uno de sus mentores literarios. Juntos escribieron "El doctor Arrowsmith" (1925). Finalmente, De Kruif dejó el laboratorio y se dedicó por completo a la literatura. Es considerable la lista de destacados científicos que reconocen en Cazadores de Microbios como la obra que despertó su vocación. Ver William Summers, *Microbe Hunters revisited*. INTERNATL MICROBIOL (1998) 1: 65-68

5- En Buenos Aires, a comienzos del siglo XX, hubo un importante número de escuelas racionalistas en los barrios de Barracas, la Boca, Avellaneda, Lanús y Villa Crespo. Ver Pere Sola i Gussinyer *Los grupos del magisterio racionalista en Argentina*, en Historia de la Educación, Vol1, Univ Salamanca (1982)

6- En el XII Congreso de las Asociaciones Rurales de Buenos Aires, reunido en Tandil entre el 28 y el 30 de mayo de 1937, la Asociación de Ganaderos de Bahía Blanca, tratando el tema de los linyeras, los calificaba de "vagos, haraganes consuetudinarios, tarados por quién sabe qué antecedentes consanguíneos"; entonces, proponía "inculcarles el hábito del trabajo por medio de la concentración, vigilados por celadores para su restitución a la vida honesta y de labor, y a los que no tengan remedio, tenerlos por razones de seguridad pública trabajando bajo vigilancia por los restos de sus días"

7- La Manzana de las Luces está comprendida por las calles Moreno, Perú, Alsina y Bolívar. Sobre Bolívar se encontraba, y se encuentra, el Colegio Nacional de Buenos Aires y el acceso a la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales era por la calle Perú.

8 La organización estudiantil estaba dividida en los Centros de Estudiantes de Química, Ciencias Naturales, La Línea Recta (estudiantes de Ingeniería) y de Estudiantes de Arquitectura.

9 Entrevista revista La Semana 1985.

10 Grecia acababa de salir de una guerra civil donde el comunismo había sido derrotado y el país se incorporaba a la OTAN. Respecto a Israel, Milstein "Me fui de Israel con la impresión de que yo, en Israel, no iba a querer vivir nunca. Israel estaba en una encrucijada y era un país nacionalista. Previ lo que se venía de una manera clarísima, y escribí incluso un par de artículos sobre eso, medio pesimistas, la "La Protesta".

(*) Programa de Historia de la FCEyN

Agradecemos la colaboración de Arquímedes Piol.

El Pulpo, otra versión

Recién había ingresado a la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, al caótico edificio de Perú 222, del cual tanto hablé en muchos relatos. Subiendo hasta un entresuelo, por la escalera de mármol de la entrada, había un local atiborrado de carpetas, libros y papeles, donde un muchacho petisón, con barba de tres días pero de pinta seria y modos amables vendía apuntes por cuenta del Centro de Estudiantes de Química. Allí fui a comprar, pues, los de las clases de Chioldin, los muy famosos apuntes de "Ernesto". Cuando hablé por primera vez con el así descripto encargado de esa actividad, no podía saber que acababa de tomar contacto con quien habría de mantener una amistad profunda de toda la vida: César Milstein.

Él era uno o dos años mayores que yo, y se ocupaba activamente de cuestiones relacionadas con el Centro, la Institución que nucleaba a todos los estudiantes de la carrera y que tenía muy activa participación en la vida organizativa, política y cultural de la Facultad. Muchas veces me han preguntado el origen del apodo por el que se lo conocía en el Ambiente: "Pulpo".

La cosa fue así: el Centro de Estudiantes de Ingeniería tenía un local -mucho más grande que el nuestro- dentro del edificio. En el mismo se vendía también elementos para la carrera. Ese local tenía un mostrador cerrado, por algún motivo extraño, con una reja de hierro y a causa de ello, al lugar se lo solía llamar "la pulpería" y a quien atendía allí "el pulpo", por derivación.

Cuando César empezó a cumplir funciones parecidas en química, como era un local más modesto, lo empezaron a llamar "el Pulpito" y ese mote le quedó hasta que -supongo que por haber crecido en edad- pasó también a ser "El Pulpo", con un dejo de significado tocante con su actividad de directivo político. Pero el origen fue el que aquí cuento y no otro.

Horacio Destailats
Agosto, 2003.

Sobre universidad, ética y canciones

Por Eduardo Díaz de Guijarro ()*

Hace poco más de un año conversamos con Celia Milstein en su casa, muy cerca del que fue el lugar de trabajo de su esposo, el Addenbrooke's Hospital de la Universidad de Cambridge.

"Terminé el quinto año del bachillerato en 1945 – nos dijo Celia –, mientras hacía el curso de ingreso a la facultad, y eso fue lo que me introdujo al pensar político, algo que siempre me había interesado. En el 45 hubo una oposición estudiantil fuerte contra Perón. Nosotros nos sentíamos muy antiperonistas, y hacíamos manifestaciones relámpago para evitar la represión de la policía montada. Durante uno de esos actos mataron a Salmún Feijóo, un estudiante que estaba haciendo el ingreso a Ciencias Exactas. Los estudiantes tomaron la facultad, que entonces estaba en Perú 222. César estaba en primer año y sus compañeros decidieron que él se quedara afuera, para coordinar las tareas de apoyo. Estaba un poco enojado porque no pudo participar en la ocupación".



Tapa del Cancionero editado por los estudiantes de exactas en la década de 1940.

"Luego intervinimos en la campaña electoral del 46, aunque no estábamos en ningún partido; éramos miembros del Movimiento Reformista".

Esa actitud de compromiso político y de participación en la vida de la universidad que tuvieron ambos desde el comienzo de sus carreras continuó en los años posteriores. César Milstein intervino activamente en el Centro de Estudiantes del Doctorado en Química, llegando a presidirlo, y mantuvo durante el resto de su vida firmes principios éticos con respecto a la ciencia y a su papel en la sociedad.

Así lo demostró al solidarizarse con Ignacio Pirosky en 1962, cuando fue intervenido el Instituto Malbrán, y lo reiteró en diversas ocasiones, ya radicado en Inglaterra. Contrariando una tendencia mundial que fue creciendo con los años, Milstein criticó la mercantilización de la investigación científica, resistiéndose a reclamar beneficios comerciales por sus descubrimientos.

En un reportaje que le hicieron en 1980 para la revista alemana *Unschau in Wissenschaft und Technik*, cuyos originales se conservan en los archivos de la Universidad de Cambridge, sostuvo que "el conocimiento no pertenece a nadie personalmente... no entiendo por qué un individuo habría de beneficiarse personalmente del progreso general de la investigación científica" (ver recuadro).

Celia realizó su propia carrera como investigadora en un tema diferente al de su marido, y sostiene una visión similar en el terreno ético: "Nuestra opinión fue siempre que lo que se descubre en una universidad o en un instituto de investigación – dijo –, si bien tiene una alta carga personal, es

posible gracias al trabajo que hizo otra gente antes que nosotros. Finalmente César accedió a que la riqueza generada por sus hallazgos con posibilidades de explotación comercial volviera a las fuentes académicas de donde habían surgido. Por ejemplo, la Universidad de Cambridge tiene derecho a una parte importante de esa ganancia... Opino que no es justo que industrias privadas se beneficien de algo que no hicieron, aunque en algunos casos lo hayan apoyado, pero no son ellos los autores del trabajo. Si la sociedad está pagando una investigación, no es justo que beneficie a una empresa privada".

El editor de la revista alemana que citamos más arriba le escribió a Milstein, sosteniendo que su punto de vista era "muy honorable y moral, pero temo que no muchos científicos estarán de acuerdo".

Celia agregó que, en efecto, "nuestra opinión va en contra de la tendencia actual del capitalismo. En el caso de Cambridge, se trata de una universidad privada, pero a mí me apenó muchísimo cuando supe que en la Argentina también había universidades privadas, porque la UBA era muy buena. Nosotros fuimos privilegiados, porque tuvimos una educación buena y no se necesitaba ser millonario para estudiar."

La década de 1940 fue muy conflictiva para los estudiantes, que se enfrentaban a la política educativa del gobierno peronista:

"En la facultad no se hacía investigación, pero entre los estudiantes había mucha inquietud por hacer las cosas lo mejor posible. Mirando retrospectivamente me doy cuenta que en la década del 40 nuestra facultad no era mala. Del 50 al 55 fue mucho peor. Sin embargo, nosotros nos quejábamos del sistema

Extractos de la entrevista para la revista *Unschau in Wissenschaft und Technik*, Bonn, 1980:

Debo enfatizar que un científico no debería aplicar para patentes personales... Parte del dinero que se obtenga debería ser reciclado en investigación básica y no en el bolsillo de individuos.

El conocimiento no pertenece a nadie personalmente... no entiendo por qué un individuo debería beneficiarse personalmente del progreso general de la investigación científica.

Pienso que debo atacar al sistema en su conjunto, toda la base sobre la cual se realiza hoy la investigación científica...

Existe el peligro de que los científicos orienten sus vidas y su investigación científica para obtener ganancias económicas a partir de sus trabajos. Eso llevaría a que el gobierno y las instituciones que financian la investigación presionen para que se investigue lo que se puede comercializar y no apoyen la ciencia básica en mayor escala.

César Milstein

César Milstein, científico argentino merecedor de un Premio Nobel, protagonizó otras aventuras además de la que lo llevó a explorar los mecanismos íntimos de la biología: "Estuvo en el primer Campamento de Química – relató Celia –, en 1947 ó 1948, y siguió participando en los años siguientes. Le gustaba escalar montañas. Se separaba junto con un grupo de amigos y hacía excursiones por su cuenta. Yo no iba a los campamentos, pero todavía guardo un librito con las canciones que ellos cantaban."

Generosamente, Celia donó ese librito al Archivo Histórico de la FCEN. Sus páginas, con las letras de aquellos cantos, son un testimonio más de la vida de César Milstein y de sus compañeros de facultad. ☺

(*) Programa de Historia de la FCEyN

de enseñanza. Por ejemplo, en Físico-química tuve una gran desilusión: nos pasamos el año entero midiendo coeficientes de viscosidad. Pero en otras materias fue diferente. Por ejemplo, en Análisis Matemático tuvimos buenos profesores, como Blaquier, un discípulo de Rey Pastor que daba sus clases con guantes blancos".

Tanto Celia como César tuvieron dificultades para hacer sus tesis en Ciencias Exactas: "Yo traté de hacer un doctorado en nuestra facultad, pero las opciones eran Química Cuantitativa, donde hacían análisis de aceites, que no me parecía un tema interesante, o Físicoquímica, que ya me había desilusionado en las "prácticas especiales". El campo en el que se podía elegir un tema apropiado era bastante restringido. Entonces traté de hacer la tesis en el Instituto Malbrán, dirigida por una persona que no tuvo tiempo de supervisarme adecuadamente y no salí adelante. César estuvo más inteligente, porque averiguó quién hacía investigación decente en este país. Uno de sus compañeros, Reissig, le dijo: Leloir. César fue a verlo, pero Leloir no tenía lugar y le recomendó a Stoppani, en la Facultad de Medicina" (ver este episodio relatado por el propio Milstein en el artículo central).

Un fueguito

La historia del último premio Nobel argentino llegó a la pantalla grande bajo la dirección de Ana Fraile, su sobrina nieta.

Con el apoyo del Ministerio de Ciencia, Tecnología de la Nación y del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales Fraile pudo materializar *Un fueguito*, un documental que aborda la vida del prestigioso científico. "Si bien es un documental, la idea no era realizar una película biográfica

que repasara simplemente los hechos de su carrera. Nuestro objetivo era lograr un film que despertara la curiosidad de la gente y, sobre todas las cosas, que transmitiera el gusto por el conocimiento", señala la directora del film.

El próximo viernes 18 de junio a las 17.00 se proyectará *Un fueguito*, en el Aula Magna del Pabellón II. Estará presente Ana Fraile quién dialogará con el público al término de la proyección.



Malbrán

Un año transcurrió desde la separación de Pirovsky como director del Instituto Malbrán y la renuncia de Milstein. Durante ese tiempo, varias entidades académicas intentaron evitar que se destruyera un proyecto prometedor pero no lograron frenar la seguidilla de actos administrativos que terminaron por minar la resistencia de los investigadores, tal como lo expresa el texto que a continuación presentamos.



Aficionado a la carpintería, Milstein construía muebles como esta cajonera que se conserva en el Malbrán.

Al Sr.
Director interventor interino
del Instituto Nacional de Microbiología,
Dr. J. M. de la Barrera
S/D

De mi consideración:

Por vía indirecta me he notificado de la limitación de funciones de varios profesionales full-time de este Instituto, entre los que se encuentran algunos de la División de Biología Molecular a mi cargo. Me permito hacerle notar que la medida en cuestión significa un grave perjuicio para esta División, ya que ella involucra la total desaparición del Laboratorio de genética (a cargo de los genetistas R. N. de Zwaig y J. Puig) y la paralización de instrumentos tan valiosos para nuestro trabajo como la ultracentrífuga analítica y otros que estaban a cargo del especialista R. Celis.

Desconozco el mecanismo de selección que se ha usado. Me permito, sin embargo, manifestarle mi extrañeza por la forma en que se ha pasado por alto al suscrito, siendo, como entiendo que es, el único en condiciones de juzgar la importancia relativa de las tareas que realiza cada uno de los investigadores de la División de Biología Molecular.

Los profesionales nombrados han tenido un desempeño profesional excelente, demostrando gran contracción, responsabilidad y capacidad a lo largo del período en que me tocó actuar como su jefe inmediato. Ello quedó documentado en sus fojas de servicio, al haber obtenido altas calificaciones en todos los ítems y en todas las instancias. Y más aún, por los resultados obtenidos en sus investigaciones y publicados en revistas de la categoría del "Journal of General Microbiology" y otras, o presentados al Congreso Latinoamericano de Química en 1962, así como por otros resultados incompletos en muchos casos, pero no menos importantes y que ahora se ven truncados en su desarrollo por la medida adoptada. Los profesionales que quedan en la calle sólo han tenido 15 días para completar sus experimentos y buscar otro trabajo, pues el actual de dedicación exclusiva era su única fuente de ingresos.

Resta, sin embargo, la posibilidad de que no me haya Ud. consultado porque tal vez sea su opinión que todas las tareas que desarrolla esta División son inútiles para el Instituto. Debo agregar que esta interpretación es coherente con lo manifestado por el Excmo. Sr. ministro Dr. T. Padilla ("El Mundo", 21 de marzo, pág. 8), en cuyo caso me siento personalmente involucrado entre los que provocan "el malgasto a los fondos del Estado".

Sr. Director interventor interino:

Mi sentido de la responsabilidad de mis funciones y de mi dignidad me obligan así a presentar mi renuncia al cargo de técnico científico al que he llegado por concurso en 1958 y a mi posición de jefe en la División de Biología Molecular.

Ella es indeclinable en el caso de que no se revise la limitación de servicios del personal a mi cargo. Lo saluda atte.

César Milstein